



JAIME H. MILLAS COVAS

los momentos más virulentos combatía la monarquía, el carlismo, los reaccionarios y los propios federalistas valencianos. Pero el tiempo le haría cambiar. Del diario como defensor de ideales republicanos y laicos pasó al periódico como plataforma política e instrumento para ganar las elecciones a diputado. Decía en 1906: «Nunca pensé en aquellos tiempos de peligrosa lucha y provechosos ideales, en cargos y servicios directos con periódicos franceses; por ejemplo, «La Dépêche», de Toulouse, dedicando gran atención al proceso Dreyfus. Todos los escritores franceses de finales de siglo serán dados a conocer a través de sus páginas: Zola, Daudet, Guy de Maupassant, La Martine. La admiración de Blasco Ibáñez hacia el primero es tanta, que le lleva a visitarle a París en abril de 1902. Esta apertura a las ideas europeas es lo que más le criticarán desde la prensa monárquica. En una segunda etapa del diario, cuando su director es Félix Azzati, el político radical cambia los artículos doctrinales por crónicas desde París, textos de sus conferencias y discursos en la Sorbona. Transformado en eterno viajante, es testigo de la guerra europea de 1914 en la capital francesa, donde escribe una de sus novelas más célebres: «Los cuatro jinetes del Apocalipsis». Será dada a conocer a los lectores de su periódico como un folletín por entregas. Recortando la parte inferior de la primera página y encuadernándola, el aficionado coleccionaba las novelas de este escritor.

Junto a la defensa de las ideas republicanas, el europeísmo y simpatías aliadófilas es una de las características más importantes de la primera etapa del diario. Tenía servicios directos con periódicos franceses; por ejemplo, «La Dépêche», de Toulouse, dedicando gran atención al proceso Dreyfus. Todos los escritores franceses de finales de siglo serán dados a conocer a través de sus páginas: Zola, Daudet, Guy de Maupassant, La Martine. La admiración de Blasco Ibáñez hacia el primero es tanta, que le lleva a visitarle a París en abril de 1902. Esta apertura a las ideas europeas es lo que más le criticarán desde la prensa monárquica. En una segunda etapa del diario, cuando su director es Félix Azzati, el político radical cambia los artículos doctrinales por crónicas desde París, textos de sus conferencias y discursos en la Sorbona. Transformado en eterno viajante, es testigo de la guerra europea de 1914 en la capital francesa, donde escribe una de sus novelas más célebres: «Los cuatro jinetes del Apocalipsis». Será dada a conocer a los lectores de su periódico como un folletín por entregas. Recortando la parte inferior de la primera página y encuadernándola, el aficionado coleccionaba las novelas de este escritor.

En torno a 1908, año en que deja definitivamente la política y se convierte en ciudadano del mundo, desarrollando al máximo su faceta literaria y artística, inicia sus colaboraciones en periódicos extranjeros, más exactamente sudamericanos, que le abren las puertas de los países que los editan. La valoración universal de Blasco Ibáñez tiene su origen en esta segunda época, y no en la primera, de actuación dentro del país. Estas colaboraciones fueron habituales en «La Nación», de Buenos Aires; «El Imperial», de Méjico; «El Constitucional», de Caracas; «La Discusión», de La Habana, y «La Democracia», de San Juan de Puerto Rico (1). Aunque no escribiese directamente en los diarios norteamericanos, la histórica comunicación América del Sur-Estados Unidos, por razones de hegemonía y dominio económico, hicieron que la fama literaria del escri-

tor cruzase al Norte del mar Caribe.

El diario «El Pueblo» no se diferenciaba en su forma y características de los que circulaban en la época. Compuesto por cuatro páginas, destacaba en la primera un comentario de la política nacional, el cuento del día y el folletín, donde iban apareciendo importantes novelas. La última estaba dedicada a los anuncios, y las dos centrales, a información local, nacional e internacional, sin comentarios. A los cinco años de su creación tenía una tirada de aproximadamente nueve mil ejemplares. Con la renovación de maquinarias que se llevó a cabo en el cambio de siglo, su tirada llegó a ser en 1905 de 30.000 ejemplares. «El Pueblo» fue una obra personal de Vicente Blasco Ibáñez —afirma F. León Roca en su estudio sobre este escritor de incisivos artículos políticos (2)—; a pesar de que el subtítulo dijese «Diario republicano de la mañana», no es portavoz, órgano o representante de un grupo político, sino altavoz de una individualidad que lo utiliza en el sentido que desea. Sin querer impugnar esta afirmación, el hecho es que en los artículos que se publican es fácil encontrar los presupuestos políticos del republicanismo blasquista. Otra cosa sería destacar la carencia de una ideología o conformación homogénea y con suficiente entidad dentro de este grupo de acción política, lo que restaría todo contenido real al subtítulo mencionado.

Durante los primeros meses del diario, la dirección estaba, real y nominalmente, en Blasco Ibáñez, pero las crecientes dificultades que se planteaban llevaron a nombrar en su lugar a Salvador Mateo Tarazona, aunque de hecho fuera la máscara del rostro del propio novelista. Cuando deja la política deja también el diario, y Félix Azzati asume el relevo en todos los campos que quedaron vacantes. Se convierte en heredero de la política blasquista. «El Pueblo» llega hasta la guerra civil del 36, momento en que desaparece.

Un diario aliadófilo

En la polémica aliadófilo-germanófilo, que con el desencadenamiento de la primera guerra mundial se entabla en la prensa nacional, el diario blasquista fue una voz importante. Ningún ejército español había sido desplazado al campo de batalla, pero, de hecho, los españoles estaban luchando con armas ideológicas tanto fuera como dentro. La división en estos dos sectores era la afloración superficial de un conflicto interno no resuelto: la decadencia de una estructu-



«Historia de la Revolución Española» es publicada en Barcelona en 1894, con un prólogo de Pi y Margall. El blasquismo es una escisión del partido federal, que había instaurado la Primera República en 1873.

(1) Datos sacados del libro de J. L. León Roca, «Vicente Blasco Ibáñez», Ed. Prometeo, Valencia, 1967. En la misma línea analítica se encuentra el libro de Emilio Cascó Costell, «Génesis y figura de Vicente Blasco Ibáñez», Atrio de la Universidad, S. A. Madrid, 1967.

(2) F. León Roca, «Blasco Ibáñez, político y periodista», Colección Tres i Quatre, Valencia, 1970.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PERIODISTA Y POLÍTICO

ra social por la crisis económica y campesina y el ocaso de la clase política, gobernante desde el siglo XIX.

Para situarnos en esta coyuntura histórica, recordemos que Europa estaba escindida en dos grupos: la Triple Alianza, con Austria, Hungría y Alemania, y la Triple Entente, integrada por Inglaterra, Francia y Rusia. Italia se alía con los Imperios Centrales por hostilidad a Francia. Mientras tanto, las pequeñas naciones occidentales se esfuerzan por mantenerse al margen de este dualismo internacional: los Países Bajos, Bélgica, las monarquías escandinavas, España y Portugal adoptan una postura de no participación. Sin embargo, la política interior de un país, aunque sus gobernantes quieran eludirlo, es caja de resonancia de los conflictos internacionales que tienen lugar. Por ello, la neutralidad española de 1914 es más oficial que real.

Vicente Blasco Ibañez vivió directamente en París y en el frente de batalla, invitado por el propio Gobierno francés. Como corresponsal de guerra escribió unas crónicas netamente alladófilas, encontrando en la defensa de la Francia republicana su más claro exponente. La causa de Francia es la causa de la Libertad y del Derecho; la causa alemana, la Disciplina y la Jerarquía. En una entrevista realizada cuando visita esporádicamente Valencia, en el mes de septiembre de 1914 (ocasión en que se le prohibió expresamente hablar en público en esta ciudad y en Barcelona para no hacer publicidad beligerante), dice que «una de las razones de que la paz está turbada constantemente es la existencia de la industria militar. Es la casa Krupp el primer espíritu de la guerra». Párrafos más abajo añade: «Nosotros no combatimos al pueblo alemán, sino a la casta militar prusiana opresiva». Ante un público oyente en la Universidad de la Sorbona explicaba en abril del año siguiente: «Los carlistas son favorables a Alemania; en general, la extrema-derecha, porque viven en espíritu fuera del medio creado por el régimen actual. El carlista no perdona que Francia sacudiese el yugo de Roma, denunciase el Concordato y votase la Ley de Separación (...) En España, todos los hombres progresivos, lo mismo el Rey y los partidarios de la monarquía, que nosotros, defensores de la forma republicana, todos somos amigos de Francia». Estas últimas frases reflejan una concordia que realmente ignora la situación conflictiva de la sociedad española. Sólo puede achacarse a un político que desde hacía diez años no ejercía.

Félix Azzati hacía uso de su talante humorístico desvelando contradicciones justificadas por un oportuno clericalismo: «Francisco José es el Emperador de una na-

ción católica y está apoyado por Roma. Dice que actúa bajo la ayuda de Dios. Nicolás II, Zar de Rusia, también se ha constituido en autoridad religiosa, sin relación con Roma, creando una iglesia al margen del Vaticano. El obispo de París dice que Dios está con Francia. ¿Con quién está Dios?». La misma vena clerical-anticlerical es continuada por uno de los redactores, Eustasio Juan Vidal: «Dicen que a Guillermo II le falta muy poco para declararse católico, apostólico, romano, y que tan pronto haga su entrada en Roma será consagrado sucesor de Carlomagno, y así como en aquel tiempo se detuvo a los mahometanos a las puertas de Francia, el nuevo Emperador Sagrado concederá a los mahometanos turcos un salvoconducto para seguir viviendo en Europa». Gabriel Alomar, otro de los redactores habituales, escribe de un conflicto en-

tre dos moralidades: el Imperio alemán es el Imperio de los Habsburgo, defensores de la catolicidad frente al espíritu de la Reforma. Francia es la liberal, la atea y revolucionaria.

El Blasco Ibañez periodista juega la baza de los intelectuales y escritores que, reunidos bajo la etiqueta de Generación del 98, ven en la apertura a Europa una posible regeneración de los problemas nacionales. Aunque no está considerado como miembro de la misma, actúa de idéntica forma y con iguales objetivos. (El «Manifiesto de los intelectuales españoles en pro de los aliados», firmado por Azorín, Unamuno, Giner de los Ríos y otros, tiene amplia difusión en las páginas de «El Pueblo».) La atención especialísima que prestó siempre a los naturalistas franceses era piedra de escándalo para los sectores integristas, pues Zola, decían, era

un inmoral. Por otro lado, en el campo de la política, las alusiones al espíritu republicano americano y francés son continuas. Considerados como dos modelos a imitar, los artículos de política internacional estaban arropados por un internacionalismo muy alejado del espíritu casero de otros diarios. Actualmente se dice que la política internacional sólo la leen los de cultivado nivel intelectual, siendo los deportes y los cuchicheos nacionales el pan informativo de las capas más populares. Pues, ¿cómo un público popular (el de «El Pueblo») podía interesarse por problemas allende las fronteras y planteamientos políticos allí vigentes? O Blasco hacía su periódico sin buscar apoyo, o realmente —falta comprenderlo— el público era un entusiasta de Zola y de la Constitución de Independencia norteamericana, así como del 1789 francés.

En el café de la Rotonda, en París, Blasco, Ortega y Gasset y Unamuno tenían habituales tertulias.



Del periodismo a la política parlamentaria

Su primer triunfo electoral data de marzo de 1898. En dichas elecciones obtuvo 6.323 votos (Pi y Margall, 861; Pablo Iglesias solamente 73), siendo el primer paso de su carrera parlamentaria, que aprovecha la fama adquirida en el periodismo. Más tarde, en los años diez y veinte, hace uso de ambas celebridades cuando viaja por todo el mundo, viviendo la fiebre del dólar motivada por el desenlace de la primera guerra mundial. Decía en Buenos Aires: «No soy más que un soldado del gran ejército intelectual, que no es únicamente de España, sino de todo el globo terráqueo... Vengo como representante de una España intelectual, de una España nueva». En Nueva York le llaman «el Cervantes de hoy, poeta y soldado como el otro, que también como el otro sufrió sed de justicia en la cárcel». Y él se llama a sí mismo: «Inflamado revolucionario. Pronuncié discursos, escribí artículos contra la opresión y estuve preso treinta veces... Una vez hice una revolución...». En estos años, la industria cinematográfica elige sus novelas para convertirlas en guiones donde Rodolfo Valentino y Greta Garbo lucen sus cualidades.

¿Por qué decide cambiar de profesión? Razones de eficacia, parece dejar entender en el artículo «Mis propósitos», donde justifica su nueva actuación: «Si todo lo que hemos dicho desde hace dos años en "meetings" y en periódicos, los jóvenes que en España formamos la vanguardia de las huestes republicanas, se hubiera podido repetir a gritos en el Salón de Sesiones del Congreso, donde forzosamente han de oírlo dieciocho millo-

nas de españoles, ¡cuál otro sería el estado de la opinión en toda España!».

En abril de 1899 gana de nuevo las elecciones, con 6.466 votos (Pablo Iglesias consigue reunir 118). El idealismo republicano comienza a concretarse en dos temas muy apropiados de propaganda electoral: anticlericalismo y valencianismo. De nuevo sale elegido diputado en 1901 y 1903, año en que tras la escisión sorianoista su ex amigo Rodrigo Soriano obtendrá 8.066 votos y Blasco Ibáñez 7.856. La quinta elección, que gana es en 1905, superando con más de mil quinientos votos al escisionista. Las elecciones de 1907 dan una considerable mayoría a Rodrigo Soriano, entrando en declive la buena estrella electoral del novelista.

Actuales estudios de sociología electoral, que se están realizando en Valencia, ponen de manifiesto cómo los distritos que más votan al candidato blasquista son los periféricos, el marítimo y los integrados por la huerta de pequeños agricultores, así como los más populares.

Blasco Ibáñez, y en su sentido más amplio el blasquismo, antes que un político y un partido claramente delimitados por su ideología (más vaga e inconexa que claramente definida), hacen de oposición a la monarquía canovista de la Restauración y, consecuentemente, serán republicanos. Aunque el matiz parezca sin importancia, no es así a la hora de querer acotar el blasquismo. Es más importante la oposición monárquica que la afirmación republicana, pues en el campo de esta última no pasan nunca de las generalidades y las verdades históricas compendiadas en «slogans». En cambio, los artículos y discursos contra «lo existente» (con esta expresión Blasco significa siempre lo instituido, pocas veces menciona los nombres de los gobernantes y reinantes) tienen un interés innegable.

Por ello, el cuerpo social que consigue reunir Blasco Ibáñez está integrado por los grupos sociales que quedaban marginados del sistema canovista. Por un lado, la pequeña burguesía artesanal y mercantil, cuya «influencia pesaba de modo muy notorio, tanto en el proletariado y semi-proletariado urbano como en capas extensas de la burguesía —y semiburguesía— liberal y laica», según analiza Alfons Cucó (3) al situar el blasquismo dentro del valencianismo político inicial. Sanchis Guarnier (4) amplía la base electoral a «gran parte de la masa obrera valenciana», ya que el obrerismo anarquista no ofrecía una dirección política. También tuvo, mu-



Blasco Ibáñez apelaba al sentimiento y al entusiasmo para realizar la «revolución republicana», manteniendo el raciocinio alejado de la política.

chos votos en el medio rural cercano a la ciudad; es decir, en la comarca de L'Horta, y en los pueblos del río Júcar (La Ribera Alta y La Ribera Baja), escenario de sus novelas más conocidas. Resumiendo, Cucó define el blasquismo como «la expresión política de la oposición de las "clases populares" valencianas al Estado surgido de la Restauración, encarnación de los intereses de la oligarquía feudalizante castellano-andaluz, y al que no era ajena la clase dominante valenciana». En sentido despectivo le acusaban de ser el diputado del populacho, de la gente de blusa. Blasco responderá: «Aquí no hay más diputados por el populacho que los monárquicos», y se autodefine como candidato del «obrero honrado» y del comerciante e industrial: «Populacho son esos "tíos" de la huerta que vuelcan el puchero, esas manadas que huelen a alpargata y a establo, y que a la voz de un cacique que no sabe leer ni escribir votan a cualquier candidato reaccionario a quien no conocen». Cuando sale elegido por tercera vez en 1901 dice: «Obreros, industriales, artistas, escritores, hombres de ciencia y de negocios han hecho triunfar con entusiasmo la candidatura de la Fusión Republicana». Utilizando la generalidad, podría decirse que el sector de las profesiones liberales no apoyó el blasquismo.

Sentir la República

En los primeros años de actividad política, Blasco Ibáñez apelaba al sentimiento y al entusiasmo

para poder realizar la revolución que supondría el triunfo de la República, dejando el raciocinio para otros campos alejados de la política. Más bien fue un republicano visceral que un político sistemático de una ideología. Era escritor, y tanto en sus artículos como fogosos discursos, el término literario privaba sobre el razonamiento político. La mitificación de la Democracia y la República, así como la Libertad, adquieren concreciones escritas destacables, como en la serie de artículos que escribe con motivo de su viaje a Argel. Sitúa la descripción en la cubierta de un acorazado estadounidense que llega al puerto: «Sobre la cubierta de aquel coloso de acero, bajo la bandera de la Libertad, matizada de estrellas como el inmenso firmamento, fraternizaban una vez más las dos Repúblicas poderosas, los dos pueblos que han realizado los ideales más hermosos de la Humanidad (...). Los nietos de Washington recibían con homenajes al representante del pueblo que produjo a Mirabeau y a Danton (...). A lo lejos, en las cumbres de Argel, ondeaba la bandera tricolor, símbolo de redención que despertó a todos los pueblos de Europa». Danton despierta alabanzas de la pluma del novelista, ya que con este abogado, pieza clave en la Revolución Francesa, «toda Francia servía y envilecida cesó de estar de rodillas antes los Reyes, y púsose en pie; los barrios parisinos agarraron la pica y cayó la monarquía».

El republicanismo blasquista bebió de las fuentes pimargallianas, y éstas, a su vez, de Proudhon. El anarcosindicalismo, movimiento social contemporáneo que se mueve

dentro de las mismas coordenadas, siempre se ha caracterizado por una oposición a todo lo que significase implantación de una ideología unitaria, la socialista de Marx, y revolución política de la clase proletaria. En su lugar se afirmaba el movimiento interclasista, integrado por variadas ideologías que encontraban su punto de unión en las acciones directas y concretas. Según los análisis de Alfons Cucó, el blasquismo, como movimiento social con actuación política, nos es presentado en la tendencia anarcosindicalista (de gran capacidad en el País Valenciano), opuesta al movimiento obrero clasista, y que entrará en crisis en la segunda etapa (1917-1929) de Azzi, así como en los cinco años de jefatura en el partido de Sigfrido Blasco Ibáñez (1930-1935), por un trasvase de sus afiliados al sindicato anarquista (CNT) y socialista (UGT). En pocas palabras: las «clases populares» estuvieron apoyando el blasquismo mientras no tuvieron un sindicato propio.

Los que vivieron aquellos años, cuentan el obsesivo arraigo que el anticlericalismo tenía en el público blasquista. Los agricultores de la huerta o de pueblos cercanos a la ciudad, caracterizados por una ausencia de vida privada, ya que las relaciones típicas de estos grupos sociales la impiden, venían a Valencia a oír Misa huyendo de las inquisitoriales miradas de sus correligionarios y enemigos. La anécdota tiene su sentido. Clerical era el que entraba en la iglesia, y anticlerical el que la quemaba. Blasco Ibáñez utilizaba en su propaganda electoral «slogans» de este tipo: «La candidatura de la Fusión Republicana es la más anticlerical», «Donde yo vaya va un enemigo de lo existente: del régimen monárquico y de ese clericalismo que, sacando la Iglesia de sus funciones para injerirla en la lucha de la política, quiere hacer de lo que fundó Jesús, para salvación de las almas, un medio de dominación de los cuerpos». En sus novelas encontramos un atisbo de justificación: «Las máquinas, los descubrimientos de las ciencias positivas, todo lo que no se relacionase con la Divinidad y la vida futura, eran para el catolicismo bagatelas para entretener a gentes locas y sin fe».

El fenómeno del anticlericalismo tiene unas motivaciones socio-económicas desdibujadas por el frecuente irracionalismo con el que se plantea. Joan Connolly, al analizar en su reciente libro la Semana Trágica de Barcelona (5), utiliza esta línea de interpretación histórica que puede explicar la actuación blasquista. Viene a decir que

(3) Alfons Cucó, «Sobre el radicalismo valenciano». Revista «Hispania», núm. 111. Madrid, 1969.

(4) Manuel Sanchis Guarnier, «La ciutat de València. Síntesi d'història i de Geografia urbana». Publicacions Círculo de Belles Arts, València, 1972.

(5) Joan Connolly Ullman, «La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1890-1912)». Ariel, Barcelona, 1972.



-Ya se qué ustedes, los bancos, quieren todas las garantías antes de dar un crédito.



-¿...que me ofrecen algo distinto?



-¿Aumentarme gratuitamente mi plantilla? ¿Estudiar cómo sanear mi negocio?



-¡Y encima me dice que no necesito un crédito tan importante!

Lo que puede hacer por su negocio un banco especializado en negocios.

Efectivamente, somos un banco que ha segmentado su mercado, su campo de actuación.

"Segmentar", en marketing, significa elegir el fragmento de mercado al que mejor se puede servir.

Es algo que los hombres de empresa conocen muy bien.

Significa que no van a por todo, sino sólo a por una parte. Que pierdes una parte del mercado, para poder trabajar y servir mucho mejor a un sector concreto.

El Banco Industrial de Bilbao ha "segmentado" su mercado de posibles clientes.

Nuestro mercado son los negocios. Y hacemos declaración pública de ello.

Somos un banco especializado en negocios.

Si usted tiene un negocio, ahora ya tiene a su disposición un banco especializado.

Con experiencia especializada.
Con orientaciones especializadas.
Con soluciones especializadas.

Cómo sacarle el jugo a especialistas.

Sin el menor esfuerzo.

Sin pagar ningún tanto por ciento de más.

En realidad, estamos esperando que nos lo saque.

Y le será muy fácil.

Porque nuestro jugo, es nuestra actitud ante los problemas y consultas de nuestros clientes.

Nos hemos preocupado por poseer un equipo humano altamente especializado: tres de cada cuatro jefes son titulados universitarios.

Y por disponer de un equipo joven:

la edad media de los directivos es de 38 años.

Y por ofrecer una estructura ágil: existe más personal directivo y de gestión que administrativo.

O sea, que nos hemos preparado a fondo para ofrecerle soluciones.

Ahora, sólo hace falta que usted se decida a comprobarlo.

Una nueva forma de entender el trabajo de "ser banquero"

Sí, ya sabemos lo que muchas personas piensan sobre nuestro trabajo.

Los clásicos tópicos del puro, el gran sillón, el gran despacho, el escuchar repantigados al cliente.

Compréndalo: teníamos que romper con los tópicos.

Radicalmente. De arriba a abajo.

Y lo hemos hecho.

Tenemos edificios confortables.

Pero, básicamente, trabajamos en la calle. Muchas veces, incluso en las oficinas de nuestros clientes.

Damos créditos.

Pero antes asesoramos, estudiamos, analizamos, y al final aconsejamos la mejor fórmula, la mejor aplicación, la cifra ideal.

Nos gusta tener clientes.

Pero preferimos ser sus colaboradores financieros. En definitiva, las finanzas son nuestra especialidad, y estamos en disposición de poder ayudarles.

De acuerdo: somos, como todos los bancos, un negocio.

Pero usted sabe que siempre hay más de un camino para llegar a un lugar. Y nosotros elegimos el más cómodo para nuestros clientes, los únicos que en definitiva nos permiten continuar y crecer.

Y ahora, le exponemos algunas de nuestras soluciones para su negocio.

Créditos a medio y largo plazo, esencialmente a la Agricultura y a la Industria.

Avales y Garantías.

Financiación de bienes de equipo, buques, etc.

Financiación a la exportación.

Promoción de nuevas empresas.

Asistencia y participación en empresas ya creadas.

Asistencia y cooperación en la apertura o ampliación de mercados internacionales.

Asesoramiento empresarial.

Colaboración en el establecimiento de contactos con empresas nacionales y extranjeras.

Introducción en el mercado de capitales.

Apoyo y colaboración en las uniones de empresas en sus diversas modalidades.

Reestructuración de empresas.

Asesoramiento y colaboración financiera.

¿Quiere comprobarlo? Estamos en: Bilbao-5

Plaza San Nicolás, 4

Tels. 43 17 00 - 43 18 00

Y también en:

Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia.



BANCO INDUSTRIAL DE BILBAO

Tenemos soluciones para su negocio.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PERIODISTA Y POLITICO

el incendiario de conventos que tiene lugar en 1909 fue utilizado como acción disolvente del movimiento revolucionario. Los republicanos que habían incitado el desarrollo de la huelga, atemorizados de que el control de los hechos se fuese de sus manos, por la potencial cohesión del movimiento obrero, proponen nuevos objetivos disuasores de la oposición a la monarquía. Este nuevo objetivo es la quema de conventos organizada por los dirigentes lerroxistas. Sin embargo, no podemos trasladar mímicamente esta tesis al blasquismo, puesto que las investigaciones realizadas por el momento no han desarrollado este aspecto, aunque queda como camino de interpretación muy sugerente. Sobre todo cuando la vinculación Lerroux-Blasco Ibañez ha sido claramente planteada (6).

El radicalismo valenciano

Alejandro Lerroux (1864-1945), político de origen cordobés, representaba el ala radical del republicanismo. También ejerció en el campo del periodismo dirigiendo el diario «El País», título con resonancias actuales. Participaba en las discusiones parlamentarias como candidato por la circunscripción de Barcelona. Todos estos datos personales que le identifican con don Vicente, adquieren significado cuando conocemos tres hechos que destaca Alfons Cucó: en 1895, cuando Blasco Ibañez crea la escisión del Partido Republicano Federal con el nombre de Unión Revolucionaria de Valencia, Lerroux es uno de los que presiden el mitin realizado; este político encontrará el apoyo blasquista en su oposición a Solidaridad Catalana, movimiento autonomista alentado por Cambó, en torno a 1906-1907; cuando Blasco renuncia a las elecciones de 1908, lo hace dejando el puesto a Lerroux; «El nombre de Lerroux será apoyado en Valencia por cuantos sientan indignación contra esos bárbaros atropellos que contra España se han perpetrado y continúan perpetrándose en Cataluña».

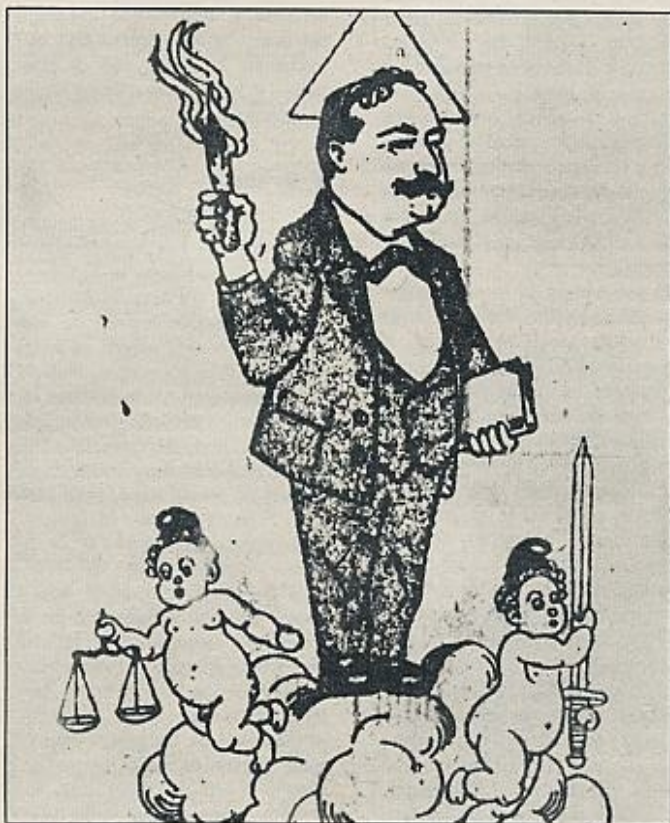
Las acusaciones que recibe el blasquismo de ser lerroxista vienen de su rival soriano, el diario «El Radical», cuando en el mes de abril de 1907, Cambó y Salmerón sufren un atentado: «El señor Soriano era un estorbo para los blasquistas e intentaron asesinarle; el señor Salmerón lo es para los lerroxistas, y han pretendido quitarle la vida. Blasquistas y lerroxistas son correligionarios». «Estos dos sujetos han estado vendidos a todos los Gobiernos de la monar-

quía para servir sus intereses y destrozando al partido republicano».

La significación del blasquismo en los movimientos nacionales peninsulares de finales del ochocientos y primer tercio de nuestro siglo es fluctuante y confuso. Don Vicente escribía en 1898: «La absurda centralización que convierte a Madrid en pólipo que absorbe todos los jugos de la vida nacional, es madre amorosa que nutre y agranda el caciquismo (...). Cataluña, por una parte, y por otra Aragón, las dos regiones hermanas nuestras, las que con Valencia constituyeron en la Edad Media (la época de nuestra verdadera Historia) una de las naciones más civilizadas del mundo, han tomado la iniciativa en este asunto levantando la bandera del regionalismo. Inútil es decir la simpatía con que miramos este movimiento». Sin embargo, una vez sentado en la Asamblea de Diputados, y desempeñando un papel similar al de Lerroux, estará contra todo movimiento valencianista que quiera seguir los pasos de Solidaridad Catalana: «Ante el problema local —escribe en 1907— que ahora se plantea, pretendiendo extender las luchas solidarias a toda España, tened entendido que antes que el regionalismo, que antes que el patriotismo, está la libertad (...). El regionalismo debemos demostrarlo administrando honradamente, construyendo nuevos barrios, nuevas ca-

lles, echando a pique lo vetusto». Con Azzati, el blasquismo niega ser nacionalista, y a su vez niega la existencia de un nacionalismo valenciano (según escribe este político en «El Pueblo», 1 de febrero de 1916), creación voluntarista de «una asociación de jóvenes estudiosos». De la misma forma, manifiesta su clara oposición a la Lliga de Cambó. Pero siguiendo este decurso fluctuante que afirmamos, Azzati, después de haber vivido los agitados meses revolucionarios de 1917, ampliamente analizados por Lacomba, escribe: «A tiempo nos dirigimos a todos los valencianos: a los obreros, a los industriales, a los comerciantes, a los intelectuales. Nadie tenga miedo al problema. Cataluña ofrece el más elocuente ejemplo. Allí se han fundido sindicalistas y patronos, republicanos, regionalistas y carlistas, católicos y librepensadores». Es el año en que se discute la autonomía y se encarga a una comisión la redacción de unas bases programáticas, después que el partido blasquista colaborase directamente en la organización de una Asamblea en el Ateneo Mercantil.

Vicente Blasco Ibañez muere en 1928 en su «Fontana Rosa». El partido blasquista se disuelve con la guerra civil. Y la significación histórica de ambos llega hasta nuestros días como testimonios reales de un pasado analizado desde el presente. ■ J. M. M. C.



Edgar Allan Poe

***277
Cuentos, I

***278
Cuentos, II

341
Narración de
Arthur Gordon Pym

384
Eureka

*464
Ensayos y críticas

El libro de bolsillo
Alianza
Editorial

(6) Alfons Cucó, «El valencianisme polític, 1874-1936». Col·lecció Garbí 2. València, 1971.